

Fidel Araneda Bravo

## El espíritu de don Andrés Bello

“Bello es el genio epónimo de la cultura hispanoamericana en el siglo de la independencia”.—*Ramón Menéndez Pidal.*



En toda la América española ha honrado en estos últimos días a don Andrés Bello, con motivo del centenario de la promulgación del Código Civil chileno, su obra maestra; la voz de nuestro país tenía que sobresalir en este coro de alabanzas que se levanta para exaltar al genuino fundador de nuestras instituciones republicanas y literarias, que fué el humanista y pensador más recio del Nuevo Mundo durante el siglo XIX.

El señor don Andrés Bello se educó en Caracas, su tierra nativa, bebió la leche del espíritu en las lecciones de dos sacerdotes: el fraile mercedario Cristóbal de Quezada, bibliotecario de su convento, y el Pbro. José Antonio de Montenegro. Su padre, el fiscal de hacienda de Cumaná, don Bartolomé Bello, poseía carácter grave y profunda afición a la música; el niño, al contrario, amaba más las letras y era de inteligencia viva como su madre doña Ana Antonia López. Las enseñanzas de su cristianísimo hogar fueron reafirmadas por tan esclarecidos maestros. Luego se familiarizó con la lectura de los clásicos latinos, españoles, ingleses y franceses; y antes de los quince años, ya había

leído el *Quijote*, que comentaba con el padre Quezada en la biblioteca mercedaria de su ciudad natal. Nunca olvidó este grande acontecimiento. A los dieciséis años ingresa en la Real y Pontificia Universidad de Caracas para estudiar filosofía y otras ciencias, y más tarde jurisprudencia. Le enseñó la escolástica, otro eclesiástico sapientísimo, el Pbro. don Rafael Escalona, quien habría de ejercer influencia decisiva en el espíritu del mozo. No obstante las críticas de que fueron objeto las universidades coloniales, y en especial la de Caracas, don Andrés Bello debe a sus tres maestros sacerdotes y a ese alto centro de cultura, regido también por la Iglesia, todo su vasto saber humanístico, cuya raíz es absolutamente religiosa, como era toda la formación literaria que se daba en la Colonia.

En 1808 fué designado secretario de la Junta Central de Vacuna, y luego ocupó el cargo de oficial de secretaría de la Gobernación de Caracas o secretario privado del capitán general, Juan Casas. Bello pasó a ser el <https://doi.org/10.29393/AT365-506-129EDFA10123> de esa oficina: todo lo tenía en sus manos. A la sazón comienza su carrera literaria que a la postre sería la más fecunda y provechosa de la América hispanoparlante. Escribe sus primeras poesías y odas, dirigido por fray Cristóbal de Quezada. Su verso tiene mucho de la grave y melodiosa sencillez de los clásicos, y no poco de la sensibilidad bucólica y grandilocuente del romanticismo; es un neoclásico y alguien le compara con Goethe, a quien un autor venezolano ha llamado clásico en segunda potencia. La poesía de nuestro autor tiene algo del melifluo acento virgiliano: admirador del vate de Mantúa, le tradujo con fruición y hasta compuso una Egloga para seguir de cerca los pasos del creador de la *Eneida*. En su primera obra permanece invariable el catolicismo de la niñez y de la juventud. Entretúvose también entonces, traduciendo a Horacio.

La independendencia le sorprende como empleado en la Capitanía General: por encargo de Las Casas traduce algunos números de "The Times" en los cuales se anuncia que Fernando VII había sido suplantado por el hermano de Napoleón. Mientras los compañeros y amigos del joven Bello preparaban la revolución, él sin traicionar ni a ellos, ni a su jefe, Vicente Emparán, continuaba al servicio del

monarca. A raíz del fracasado complot del 1.º de abril de 1810, no faltaron quienes dijese que él había delatado a los patriotas. Más tarde se comprobó la absoluta lealtad del funcionario monarquista a los revolucionarios. Años después suplicaba a su hija que rogara por los calumniadores: “y por el que en vil libelo — destroza una fama pura — y en la aleve mordedura — escupe asquerosa hiel”.

Consumada la independendia de Venezuela, por nuestro canónigo don José Cortés Madariaga, hombre de armas tomar, Bello fué el amigo de confianza del doctor Germán Roscio, y de quien dijo que “entre las olas de la civil borrasca, el alma supo mantener serena”. La Junta designó, en seguida, una delegación para que fuese a Inglaterra con el objeto de dar a conocer la revolución y solicitar ayuda si fuere necesario. La embajada la integraban: Simón Bolívar, Luis López Méndez y don Andrés Bello en calidad de auxiliar. En realidad el joven iba a asesorar a su discípulo, el futuro libertador de América. El <https://doi.org/10.29539/A1365-866423EDFA10129> abandonó su patria definitivamente.

Bolívar era altivo y audaz; Bello por el contrario, afable y muy circunspecto, de tal manera que le desagradó la actitud altanera de aquél, en la primera entrevista con el Ministro Wellesley. Inglaterra no podía desairar a España, pero con sus ojos puestos en el porvenir, miró con simpatía a Venezuela, y comprendió que debía ayudar a los americanos. Cuando terminó la misión, el auxiliar prosiguió en Londres y pasó días de amarga pobreza, hasta que obtuvo el modesto empleo de secretario de la representación diplomática de su patria. En 1814 casó con la joven inglesa Ana María Boyland. Más tarde estuvo en el servicio diplomático de Chile y finalmente en el de Colombia. Cuanto tiempo disponible tenía, lo empleaba en visitar el British Museum, donde pasaba con sus hijos, alrededor de la chimenea, muchas de las frías tardes del invierno londinense. Allí preparó su *Gramática de la Lengua Castellana para el uso de los americanos* y el estudio, acerca del *Poema del Mío Cid*, el primero lo publicaría él mismo años más tarde, en nuestro país, y el otro vería la luz pública después de su muerte.

Como filósofo, D. Andrés Bello, jamás se apartó substancialmente del método escolástico tradicional, que aprendió en las aulas de la Real y Pontificia Universidad de Caracas. Los filósofos alemanes, franceses e ingleses, racionalistas y empíricos del siglo XVIII, especialmente estos últimos, cuyas obras estudió en Londres, durante los dieciocho años que estuvo allí, sólo modernizaron sus primitivos conocimientos, pero nunca olvidó los principios fundamentales de la filosofía católica. Es sorprendente como pudo, el sabio, mantener invariable e incontaminado su pensamiento, no obstante el trato con aquellos filósofos y la lectura de sus obras. Su espíritu estaba imbuído de las ideas escolásticas que aprendió en la Universidad colonial. Con razón le decía William Newman, Catedrático de Griego, en Oxford, a D. Ricardo Dávila Silva, que "después de Leibniz no ha habido en el mundo un cerebro mas poderoso que el de D. Andrés Bello. En su obra *La Filosofía del Entendimiento* concibe la existencia de Dios como el objeto de la Ontología; y la prueba por el consentimiento del género humano, el perfeccionamiento de la idea de Dios según el grado de la civilización de los pueblos y el orden moral. Estas pruebas se las enseñó el Pbro. Escalona; lo mismo que aquella tan conocida de la causalidad, cuyo origen es absolutamente aristotélico-tomista. Para demostrar los atributos divinos, de inmensidad, eternidad y libertad se valió de las teorías de Isaac Newton acerca de la concepción del espacio y del tiempo. Bello no hizo un tratado especial de Teodicea, sino que en el de Psicología, al estudiar la Relación de causa y efecto, en dos apéndices, habla del principio de causalidad y del Ser Supremo y de sus atributos. A propósito de estos últimos temas ha escrito las más hermosas páginas de la literatura hispanoamericana. El poligloto español Ramón Menéndez Pidal, Director de la Real Academia de la Lengua, reconoce que Bello "no es sólo una magna figura en las letras de América; es, por decirlo así, el genio epónimo de la cultura hispanoamericana en el siglo de la independencia".

Intimó en Londres con el sacerdote apóstata, José María Blanco

White, conocido escritor hispano, quien editaba el periódico mensual *El Español*, en cuyas columnas, Bello publicó varios trabajos. Por ese tiempo se dedicó también a estudiar griego. Para aumentar sus exiguas rentas dió lecciones de español a algunos ingleses y tradujo la Biblia de Scio. En esa época conoció al diplomático chileno, el guatemalteco Antonio José de Irisarri, quien muy acertadamente pidió a nuestro gobierno que contratara los servicios del venezolano y le trajera a Chile. Ambos editaron el *Censor Americano*, primera revista del Nuevo Mundo que se publicó en la capital de Inglaterra. En esa angustiada situación económica, D. Andrés, recibía cartas muy cariñosas y consoladoras de Bolívar y de sus amigos los gobernantes de Venezuela, pero nunca le ofrecieron algo positivo que le permitiera vivir más holgadamente. En unión del neogranadino Juan García del Río editó dos periódicos: uno *La Biblioteca Americana* y el otro *El Repertorio Americano*; en las columnas de estas revistas hay numerosos artículos del escritor y poeta. El mejor de ellos, dice Pedro Lira, uno de los más autorizados biógrafos del maestro, fue el titulado *Uso antiguo de la rima asonante en la poesía latina de la Edad Media y en la francesa; Y observaciones sobre su uso moderno*. En aquel tiempo flaquearon un poco sus ideas religiosas y tornóse un si es no es escéptico, pero en ningún momento perdió la fe.

Viudo con dos hijos, de su primera esposa, contrajo segundas nupcias con doña Isabel Dunn, también de nacionalidad británica.

En los últimos años de su estada en Londres escribió *La Silva u oda a la agricultura de la zona tórrida* que junto con *La Oración por Todos*, imitación genial del poema de Víctor Hugo, escrito en nuestro país, son sus mejores obras poéticas. Aquella es un verdadero canto a América, con la cual nace la poesía independiente genuinamente americana; y Menéndez Pelayo la incluyó entre las cien mejores poesías de la lengua de Castilla. Es indudable que en la inspiración de Bello hay algo del artificio cultista de Quevedo, Góngora y Calderón, pero en sus poemas, un poco altisonantes, encontramos maravillosas y sencillas descripciones del paisaje y de la naturaleza exuberante de nuestra América.

La situación económica de Bello y de su familia era ya insostenible. Los gobernantes de su patria y Bolívar, que andaba en afanes libertadores, le miraron con cierto inexplicable desdén. Por fin don Mariano Egaña, que recibió de Bello la legación ante Su Majestad británica, logró persuadir al gobierno de Chile para que llamara al país a nuestro ilustre polígrafo, quien llegó a Valparaíso en el invierno de 1829; el mismo año que el libertador Bolívar había dicho despectivamente que "Chile era un país ingobernable".

En los últimos días de junio, don Andrés Bello estaba en Santiago. Encontró un país anarquizado, que luego encauzaría jurídicamente el ministro Portales. El humanista venezolano colaboró con grande entusiasmo en la obra del organizador de la República y aunque él no deseaba mezclarse en la política, sus simpatías por el estadista le dieron fama de pelucón. Si Mora era el mentor de los pipiolos, Bello sería el de los pelucones. Aquel fué rector del "Liceo de Chile", <https://doi.org/10.29393/At365-366-1235> El italiano no miró con buenos ojos a don Andrés; ambos disputaron sobre diversos puntos de lenguaje y de literatura, de bien poca importancia.

Apenas llegó al país, fué nombrado oficial mayor del Ministerio de Hacienda, y desde 1834, ocupó el mismo cargo oficialmente en el de Relaciones Exteriores. Fundóse luego *El Araucano*, periódico gobiernista cuya redacción se encomendó al polígrafo; en sus columnas escribió hasta 1853. Don Andrés compartía las ideas de Portales y de Egaña, y aunque ya no era partidario de la monarquía, anhelaba para estas noveles repúblicas un gobierno impersonal autoritario, que fuera capaz de establecer el orden constitucional y jurídico. El, no intervino directamente en la Carta Magna de 1833; pero la inspiró en pláticas y discusiones con Egaña y demás constituyentes. El sarcástico Portales profesó al recién llegado profundo respeto, era una de las pocas personas a las cuales trataba con suma reverencia: solía llamarle "compadre Bello" o "padre maestro" y ordinariamente "Don Andrés". El maestro le hizo padrino de uno de sus hijos, acto que Portales estimó y agradeció como un alto honor.

Al llegar a Chile, el señor Bello tenía cerca de cincuenta años,

y era un varón de noble y gallarda apostura y afables maneras, al par que de carácter austero y bondadoso. Incorporóse inmediatamente en el seno de nuestra orgullosa sociedad colonial, en la cual su gentil esposa e hijos conquistaron universales simpatías. Al poco tiempo de su llegada a Santiago comenzó a dar lecciones en su casa. Vivió primero en la calle Santo Domingo y después en la de Catedral, muy cerca de la Plaza de Armas. Don Augusto Orrego Luco nos llevó a visitar la vieja morada del sabio y nos mostró el aposento donde murió. Allí reunía a un grupo de muchachos santiaguinos ávidos de cultura: era la única persona capaz de enseñar: su vasto saber humanístico era superior al de los chilenos más ilustrados de ese tiempo. Poseía una cultura enciclopédica, y hasta hoy nadie le ha superado entre nosotros.

Muy pronto comenzó a reunir los materiales para el Código Civil que se aprobó sin discusiones hace un siglo y fué promulgado el 14 de diciembre de 1855. El Código es un monumento de sabiduría legislativa, está inspirado en las viejas leyes españolas y francesas y muy superior al napoleónico en el cual también se inspiró. En general no se aparta, don Andrés, de los principios inmutables del catolicismo, empero, como todos los hombres de su tiempo, estaba imbuído en las teorías liberales y enciclopedistas de la Revolución Francesa, de tal manera que instintivamente y, sin quererlo, perjudicó sus creencias religiosas en algunos artículos del Código, especialmente en el 962 que iguala e identifica la muerte civil a la natural; y declara incapaz de recibir herencias o legados si la persona no existiese civilmente al tiempo de abrirse la sucesión. Bello, a pesar de su fe cristiana, era regalista como don Manuel Montt, don Antonio Varas y tantos otros civiles y no pocos sacerdotes, para quienes las leyes eclesiásticas debían estar subordinadas a las seculares. El Arzobispo Monseñor Rafael Valentín Valdivieso, a quien Bello admiraba, y los dos únicos obispos de ese tiempo, objetaron algunos artículos ante el Senado, el 24 de septiembre de 1856, tres meses antes que comenzara a regir dicho Código. Adoptado después por diversos países americanos, ha pasado a ser la obra maestra del inmortal poli-

gloto; y tanto aquí como en otras repúblicas, con algunas modificaciones, aún está en vigencia. El mismo José Joaquín de Mora, que había zaherido a don Andrés, dijo que el Código “por su estilo y corrección, como que es producto de la pluma del señor Bello”.

El sabio solía pasar los fines de semana en Peñalolén, la vieja y pintoresca chacra de su amigo don Mariano Egaña, que más tarde pasó a manos de la familia Arrieta Cañas, y en la cual don Luis, tenía su mansión y notable tertulia literaria y musical. Allí escribió don Andrés *La Oración por Todos*, himno de caridad cristiana en la cual el poeta consolida su fe y acendrada piedad, y está dedicada a Josefina, su hija menor. “Sacerdote de las musas —podía decir con Virgilio—, canto a las almas inocentes y puras”. Quiso imitar modestamente, “La priere pour tous” de Víctor Hugo, empero el poeta francés no era hombre de fe auténtica, ni tampoco hijo fiel de la Iglesia, ni mucho menos un psicólogo. El poeta innovó muchas cosas, creó nuevas imágenes y sobre todo sintetizó admirablemente el lenguaje difuso del genio de la musa gala; hay en la obra de Bello mayor unidad y una perfecta fusión de figuras, como dice el crítico italiano Edoardo Crema. Si algo sobrevive de Víctor Hugo, es precisamente este poema, que salvó del olvido la genial imitación creadora del humanista hispanoamericano. Nuestro poeta parece divinamente inspirado, a semejanza de David e Isaías, guardando las proporciones, y dicho esto en sentido metafórico. Joaquín Edwards Bello, uno de los bisnietos más inteligentes del sabio, comentó que esta plegaria estaba traducida en lágrimas castellanas”. Aquello de la originalidad es relativo, porque sólo el Artífice Supremo es genuinamente creador; los escritores y artistas, cual más cual menos, son todos imitadores. En ninguna de sus obras conocemos mejor al hombre interior, que en las estrofas de *La Oración por Todos*. El retrato más exacto del espíritu sencillo y sereno de don Andrés lo encontramos como que en ninguna otra parte en estos versos del poema que comentamos: “Ve, hija mía, a rezar, por mí, y al cielo — pocas palabras dirigir te baste: — Piedad, Señor, al hombre que criaste; — eres Grandeza; eres Bondad; ¡perdón! — ... porque de tu plegaria el

dulce canto — alivia el peso a mi existencia amarga, — y quita de mis hombros esta carga, — que me agobia de culpa y de pesar”... Aquí está la confesión humilde y pública del primer cerebro que ha producido hispanoamérica. Insistimos, pues, con Miguel Antonio Caro, Marcelino Menéndez Pelayo y Fidel Cano, que la imitación de don Andrés Bello superó al original; el mismo Víctor Hugo exclamó: “¡Me ha ganado, el caraqueño!”

Si examinamos la producción intelectual del primer literato hispanoparlante, vemos que existe en ella la más perfecta unidad de pensamiento y de espíritu: ama el esplendor del orden que, según San Agustín, es la única verdadera belleza, y para ajustar su obra a ese principio director, no se aparta del Divino Arquetipo, e inspira toda su labor enciclopédica en la Sabiduría eterna; y si alguna vez se desvía un tantico, ello proviene más bien de las tendencias liberales, enciclopedistas y románticas de los primeros años del pasado siglo, que del deseo de alejarse del recto camino de la Verdad inmutable. Bello es el fruto maduro, genuino de su formación teológica. En esta grandeza moral radica el secreto de la extraordinaria fecundidad literaria del sabio y escritor que dignificó a nuestra América española; y muy especialmente a la opulenta Venezuela, su tierra nativa, en cuyas aulas universitarias comenzó a adquirir la maciza cultura de raíz hispánica y religiosa que acrecentó en Europa; y a Chile su segunda patria, donde vino a vaciar sin regateo, con amor de hijo y grande abnegación de patricio, esa sabiduría que informó toda la obra cultural de nuestro país.

Sus lecciones de gramática hicieron época y hasta se habló “de la dictadura gramatical de Bello”. Trabajó hasta que obtuvo la creación de la cátedra de Gramática Castellana, separada de la latina. El gran deseo del maestro era la unidad del idioma, amenazado ya por bárbaros dialectos; no era purista exagerado, no podía serlo un hombre inteligente y equilibrado como él, y tampoco abominaba a fardo cerrado los galicismos. Todas sus experiencias están en *La Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de los americanos*. La autoridad crítica y académica de Amado Alonso considera esta obra, la

mejor de la lengua española. Abundan en ella los ejemplos tomados de la Sagrada Biblia y de muchos libros de inspiración teológica y religiosa, especialmente de los clásicos del siglo de oro. Es innecesario traer ejemplos, porque podrían multiplicarse en perjuicio de la amable y discreta brevedad. Discutió con la Real Academia de la Lengua, y hoy habría tenido la íntima satisfacción de ver incorporados en el diccionario y en la gramática oficiales, muchas de sus teorías e indicaciones; pero ese anhelo suyo de acomodar la ortografía a la fonética, jamás será aceptado porque es contrario a la idea de la unidad del idioma, tan deseada por el mismo filólogo. Vivía enamorado del latín, la lengua madre tan meliflua y concisa, cuya agilidad adiestra el entendimiento; y sus desleales discípulos esperaron la muerte del maestro para suprimir este idioma de la enseñanza oficial. La Academia Española de la Lengua le nombró primero miembro honorario y años más tarde su primer correspondiente en Chile. Como gramático, ~~Bello hizo escuela, y sus numerosos seguidores,~~ hasta don Miguel Luis Amunátegui Reyes, que fué el último, han enaltecido su memoria.

Como internacionalista inspiró la política exterior de nuestro país. Ya antes de ser nombrado oficial mayor del Ministerio de Relaciones, prestaba servicios muy eficientes en la Cancillería; y muchos de los principios por él sustentados, son los mismos que actualmente informan nuestros asuntos internacionales. No era teórico, sino hombre de realidades, pero de profundo tino y gran sensatez. Trabajó con celo incansable para que España reconociera la Independencia de Chile. Tan pronto como obtuvo la ciudadanía chilena, fué elegido senador de la República, y desde ese alto cargo legislativo fue el inspirador y creador de las primeras leyes de la nación, de aquellas que sucedieron a las arcaicas de la Colonia.

En 1842 fué nombrado primer rector de la nueva Universidad de Chile, que venía a proseguir la obra iniciada en el siglo XVIII por la de San Felipe; en su carácter de tal, organizó la educación y fomentó la cultura en la joven República. El discurso con el cual inauguró la Universidad, el 17 de septiembre de 1843, es obra maestra

de erudición y belleza de estilo: fija rumbos y orientaciones a la naciente instrucción pública nacional. Desde su llegada, Bello comprendió que para crear un pueblo, una nación fuerte, era necesario instruirlo y educarlo y aunque ahora parezca inverosímil, a tantas mentes obcecadas, el maestro sabio y juicioso cimentó su obra en la moral "que él no separaba de la religión", y en el más profundo respeto a la autoridad eclesiástica. La magna obra emprendida y realizada por la Universidad dió grande impulso al movimiento literario que el mismo don Andrés había promovido con sus teorías gramaticales. En aquella época nadie podía disputarle a Bello la supremacía del magisterio docente y literario. Todos se levantaban para aclamarle: habían pasado los años de las injustas recriminaciones, y su nombre era pronunciado con respeto por toda la gente culta del país y de América.

Pasó sus últimos años en los trabajos intelectuales más variados: preparaba y corregía la *Filosofía del entendimiento* y el estudio sobre *El Poema del Nro. Cía.* Cuando la parálisis minó su robusta complexión, atendía en el escritorio de su casa y se hacía llevar en silla a la iglesia de Santo Domingo para participar del Santo Sacrificio de la Misa, como era su costumbre desde muchos años ha. Estaba satisfecho de la grande obra de cultura, realizada en treinta y siete años, pero agobiado por el dolor que le causó la temprana muerte de ocho de sus hijos, la Divina Providencia le dió en cambio la paternidad espiritual de sus discípulos, que fueron los hombres de más talento y de mayor cultura de aquel tiempo. Hasta en sus últimos años, el sabio era minucioso en el cumplimiento de todas sus obligaciones, así en la vida pública como en la privada; y con la misma exactitud que atendía en su despacho de la calle Catedral, corregía las pruebas de sus artículos y de sus futuros libros.

A través de noventa años don Andrés Bello se ha convertido en el símbolo de la sabiduría del Nuevo Continente.